

MÁCHER

Por la ensombrecida carretera de Uga se encamina el viajero a Mácher, aunque antes tenga que tropezar con la montaña del Dinero¹. El camino parece un sendero que corre entre el intrincado laberinto de los armarios de caña, o bien cruza por la pradería verde, o se esmalta de florecillas humildes... Ahí está la caldera Riscada, luminosa, como hecha nada más que para ayudarnos a la contemplación del dilatado milagro que es el paisaje de Mácher. Cuando apenas comienza a rasgarse el pandero de la noche en el filo del amanecer, el pueblo de Mácher muestra a su naturaleza domesticada, encauzada hacia los nuevos cultivos del tomate y la cebolla. Desde las primeras horas muévense los campesinos que, formando taifas, se van a trabajar la nueva riqueza creada en sus tierras. La campiña, poco a poco, se inunda de sol y levanta a sus pájaros... Las yuntas de dromedarios ascienden lentamente mamelones enarenados. Las rústicas trenzas de caña suben y bajan por los recuestos... La vida nace sin prisiones, y los pulmones se ensanchan disfrutando el aircillo noble que se purifica entre los tomatales.

Pero, ya estamos enfrente de Las Isitas² y sería imperdonable no bajar hasta la Playa Quemada, para desde allí comprender más y mejor a la gente de Mácher, creadora de riqueza, aunque en Mácher la llamen «hermana pobreza», al franciscano modo, para distinguirla así de los grandes caudales sin honor.

A medida que se acerca uno a Playa Quemada, maleza abajo, se llena el suelo de viles matojos que, según sale el sol, van adquiriendo un purpúreo esplendor y toman el nimbo del nuevo día. La aulaga, de pobre flor, verdea acompañada de cardos y de rojas y oscilantes amapolas, entre otras criaturas de Dios, que vi-

ven en estos pedregales y se pierden por el barranco del Viento. Rompe esta impronta monotonía el Pico de las Naos, y más abajo la vuelve a romper una montañeta bermeja, que es un volcán con manchas de sangre en sus rocas cimeras. En la desembocadura del barranco del Viento está la Playa Quemada, de arenas negras, o magnetitas, muy parecidas a las de El Golfo, aunque en La Bajita, que mira hacia el Paso de la Cruz, hay callaos grandes como pelotas, al contrario de lo que sucede frente al mínimo caserío de Playa Quemada, donde la gravilla son guijarros pequeñísimos, limpios y uniformes, que los ingenieros y contratistas de obras estiman sobremanera³. En Playa Quemada hay cantiles de basalto hasta de 30 metros de altura, y el panorama que desde ellos se contempla es digno de cualquier pintor casto en el colorido, que pinte sin mixtificar esas leyes con que la naturaleza dota a cada piedra, al mar y a la tierra, que por aquí está ensortijada por mil extrañas formas. Sus siluetas se destacan, soberbias, sobre los espacios azules del horizonte...

Volviendo los pasos, pero ahora hacia el corazón de Mácher, se adentra uno por el pedregal de los Cortijos Viejos, cuyo sendero se encajona entre los cereales y legumbres, perfectamente enmarcados por amplios muros de ripios aprovechados. Hay que repechar veredas que suben hasta la Vega de Temuime culebreando. Al poco, se llega a los nuevos cultivos del tomate, que acaso estén alcanzando sus límites máximos por el abuso que de las tierras se viene haciendo. Empero, demostrado está que la parte costanera del sureste insular es, quizá, el mejor campo para el desarrollo de la tomatera, aunque se debe advertir que se calculen bien las cosechas que puede dar el suelo⁴. Por encima de estos tomatales hay una gran llanura de terrenos calizos que se llama La Capita, a dos pasos del Cascajo, desde donde se inicia una cuesta que nos lleva hasta El Mesón, éste en otros tiempos estación de tartanas, carromatos y jinetes. Enfrente, al otro lado de la carretera, está la ermita de San Pedro, adosada al viejo almacén lindante, y que ahora forma con ella un solo cuerpo sagrado. Desde la ermita de San Pedro se comprende el paisaje de Mácher, porque lo ve uno domesticado, lleno de un rumor lejano, quedo, como si pretendiera simular los esfuerzos del hombre que, día a día, ha revestido el suelo de cañizos casi artísticos. Vese alguna palmera y algún árbol, aislados, como si fueran árboles huidos de los bosques para vivir en Mácher sin estar ligados al laberinto de la selva...

El pueblo de Mácher es muy trabajador y, por ende, un gran creador de riqueza, por lo que sería injusto compararlo con esos otros lugares donde no se trabaja honradamente y no son capaces de recrear la vida que se respira por aquí. Yo creo que la gente de Mácher tiene escondido su talento creador debajo de sus tierras. ¡Hay que ver la tierra de Mácher soltando tomates y cebollas! Aclaro aquí que Mácher tiene su peculiar divisoria agrícola, porque de carretera arriba la tierra produce cebollas, y de carretera abajo da tomates. A fin de cuentas, Mácher se ha hecho lo que es por la velentía con que se enfrenta a la tierra, ha poco tiem-

po erial de pastos. No le ha sido fácil a Mácher su sobrevivencia, porque aparte su tesón sobre tanta maleza, luchó siempre contra las plagas de la langosta africana, a veces más terribles que aquellas otras de Egipto. Ha luchado contra la sequia, empleando muchos dineros por superar los medios del laboreo. A este tenor fueron surgiendo las nuevas casas que rejuvenecen a Mácher, dándole aspecto de pueblo recién nacido.

En el pueblo subsiste el viejo caserón de Pereyra, con su bello patio canario, que parece contarnos cosas pretéritas de sabia serenidad, y que nos dulcifica el ánimo al solo contacto de su recinto noble, cuya sombra dormida y adusta se nos antoja reclinada en el tiempo. Parece que desde este evocador edificio se aprecia todavía mejor el paisaje circundante, y es cuando uno repara que Mácher, además de palmeras, tiene vistosos eucaliptus y esa enmarañada vegetación bíblica que son las higueras, moteando la llanura con la nota de su verdinegro clamor. Aquí, embebido, repara uno también que el suelo se ennegrece cada vez más... ¡El negro color de las cenizas volcánicas sosteniendo un firmamento de luz, donde la tonalidad más amable se hace cielo de nubes, sin celajes ni obscuridades! ¡Bellas tierras de Mácher, tan despojadas de muelles relieves! Sin embargo, ahí está Tinasoria en su más descarnada geología, que tiene en la pelada cocorota una casa desde donde el pueblo se ve íntegro, todo esparcido, ancho y virginal, dándonos la impresión de estar mirando un paisaje inédito, magnífico, un paisaje que todavía no ha sido profanado por el hombre.

Pero los hombres están ahí, trabajando la tierra, como plantados en la tierra, con igual raíz que la de las cebollas y tomates. Son unos hombres empeñados en transformar, por voluntad de su impulso aborigen, estos eriales en sendos campos productivos, hasta el punto de que ya en Mácher es un común denominador el afán por la tierra, porque estando tan cerca del mar ve nacer una riqueza solamente como fruto de sus honrados esfuerzos. Y las mujeres de Mácher se desviven en el meticoloso envase del tomate, manejando con peculiar destreza ceretos, virutas y papeles, hasta dejar perfectamente acondicionadas las frutas para la exportación. Tales menesteres no restan brios y afanes a la mujer de Mácher, porque al cabo se le ve atendiendo los plantíos de cebollas, faena ardua que ella alegra con canciones de vida y esperanza. Pocas son las mujeres de Mácher que no van al campo, porque todas se sienten imprescindibles colaboradoras de sus hombres, los tenaces creadores de riqueza que han transformado el país.

Los vecinos de Mácher tienen más o menos, sus tierras de labor, que han ido reivindicando de manos de los antiguos terratenientes. Debe uno añadir que el vecino de Mácher es fuerte, más bien alto que bajo, y tiene un gran sentido de la responsabilidad. Es honrado a todo honrar y, en su alma campesina, la sencillez le inmuniza de la doblez y de ese vivir al día tan en boga hoy. Sabe, por reconocida ciencia, ahorrar para ir enarenando sus fincas y dar así doble valor a la propiedad.

Entre las escorias lávicas de Los Llanos de Mácher y las extensiones de arenas negras, hacia las Peñas Blancas, hay grandes masas de vides exhibiendo varios y distinguibles matices verdes, cuyas cepas añosas parecen abstracciones dibujadas sobre la tersura negra del suelo. ¡Qué grata impresión topar con una bodega preciosista! Es más bien un laboratorio donde se lucha por la defensa de los caldos, y donde éstos son tratados con la dignidad que merece el buen nombre que tiene el vino lanzaroteño. Más que bodega el edificio antoja una hermosa clínica rural, con sus naves blanquísimas y sus accesorios impecables. Los pisadores usan traje propio, que consiste en sendas camisolas y calzones holgados, de blanco color, y que renuevan cotidianamente mientras dura la vendimia. Ver que por grandes ventanales se introduce la uva en el lagar resulta interesante, aunque más curiosa sea la operación de la desganzadora-estrujadora, que aparta mecánicamente los pámpanos dorados de su racimo, para formar montañas de pulpa olorosa. En seguida esa masa translúcida y embriagadora pasa al cestón donde la prensa hace salir un mosto metálico, tremeluciente y tentador... Tiene esta bodega un laboratorio bien surtido, y en él se analizan todos los tipos de vino natural, observando sus graduaciones para encuadrarlos en las determinadas características respectivas. Es esa una labor paciente, que lleva tiempo y atención, pero que evita que los caldos se tornen agrios y ásperos, como sucede con los tratamientos inadecuados que han puesto en precario al famoso vino de Lanzarote, porque no basta meter el mosto en cubas y a esperar... Es necesario el tratamiento científico.

Siempre al Oeste, encontramos el paraje de Las Montañetas, que sólo tiene tres casas, como si fueran tres blancos mojones en la rigurosa negrura que cubre la tierra. Poco tramo hacia arriba está la pintoresca Asomada, pequeña *sobrevida* de aquel otro pueblo de igual nombre que desoló la erupción volcánica de 1730 al 36. A la Asomada le viene el topónimo por su ubicación entre montañas, cuyos nombres son Guardilama y Caldera Gaida, tras las cuales se inicia un nuevo mundo, o sea, los inauditos paisajes del «Mar de la tranquilidad» y del «Mar de las crisis».

NOTAS AL CAPÍTULO

1. Toma su nombre de una vieja tradición según la cual los reyes aborígenes escondían allí sus tesoros. En la última decena del siglo XVIII se hicieron excavaciones sin resultados positivos.
2. Isitas, y no Isitos, como se ven en algunos mapas.
3. Este material llegará a desaparecer dada la ingente demanda.
4. Se calculan cinco años de consecutiva cosecha, si la tierra es virgen.